

## Capítulo 1: Jefe o jefa

La sirena dorada cortaba las olas sin la menor dificultad. Bella, poderosa, intimidante.

Sin pedir permiso, Furia se había subido a la cofa del palo mayor y observaba el horizonte gracias al catalejo del capitán. El cristal estaba sucio y eso la enfureció. ¿Es que los marineros no cuidaban sus herramientas? Un largavista con manchas era como una espada roma. Por suerte, los piratas no solían navegar por esas aguas.

– ¿¡Y bien!? –gritó Notas desde abajo, impaciente–. ¿¡Aparece el kraken!?

Furia exhaló un suspiro lleno de hastío. Ese idiota iba a conseguir meterla en un lío. Bajó por la jarcia más cercana con agilidad gatuna y posó los pies con liviandad sobre las tablas de teca que no osaron emitir crujido alguno.

– ¿Por qué siempre tienes que dar la nota?

El muy idiota estaba con los brazos en jarra y tamborileando con el pie en la madera, como si esperara una respuesta amable a ese intento de broma ingeniosa. A su lado estaba el otro, el grandullón, oteando las nubes con gesto embobado, los ojos achinados y la nariz roja como un pimiento. Ese gordo siempre estaba en la luna. ¿Cómo había podido acabar huyendo de sus tierras con esos dos hombres inservibles?

– Soy músico, las notas corren por mis venas –replicó Notas con una amplia sonrisa–. En fin, ya he decidido adonde iremos nada más desembarcar. Vamos a un lugar tranquilo y os cuento.

– Tú no decides nada aquí, músico –gruñó, adelantándolo para dirigirse hacia la popa del filibote que los llevaba a otras tierras.

Los pajes y marineros correteaban por la cubierta como patos de mar, gritando, tirando, anudando, limpiando y de vez en cuando, echándoles miradas recelosas. Se habían metido en el barco como polizones y habían chantajeado al capitán y al primero de a bordo para que los llevaran a la península de los Picos del Sol. Carecían de amigos en el barco, y por eso cargaban con sus armas en todo momento.

Notas llevaba un laúd a la espalda, varios cuchillos a la vista y otros ocultos tras el cuero y la lana de color anaranjado. Petaco, el orondo hombretón que tenía más cara de bufón que de guerrero, llevaba no obstante una pesada hacha de doble filo. Furia tenía su sable de filo blanco, el mismo que había usado para matar al jefe de los Karoshi. Y ahí estaba ahora, pagándolo con el exilio junto a dos idiotas que también huían de las Llanuras por motivos que ignoraba.

– ¡Tachán! –Notas acababa de desenrollar el mapa robado y señalaba un punto negro frente a la costa verdosa de una larga y arqueada península–. Mirad esta aldea, ¡nos está esperando! Llena de vida y prosperidad, entre dos montes donde discurre este pequeño arroyo. Podremos bañarnos después de ahogar a los que se opongan a nosotros. Nos haremos con la casa más grande, en la colina más alta. ¡Viviremos como sedentarios! Se acabó lo de vagar por las Llanuras, se acabaron los combates, ¡éste será el último! ¿Qué decís, hermanos de otras tribus?

– ¿Quién por las sagradas pinturas te ha puesto al mando? –preguntó Furia en tono agresivo.

Petaco eructó en medio del silencio que se había formado y rebajo la tensión. Abrió la boca y pareció que iba a hablar, pero lo único que hizo después fue llevarse la botella a los labios y tragar y tragar.

– Maldita sea, como tres, necesitamos un jefe. ¿Cómo vamos a decidir las cosas sino?

– El jefe tiene que ser el más fuerte de la tribu –repuso ella, con calma–. ¿Te crees el más fuerte, músico?

El hombre dio un paso hacia ella con gesto decidido. Sus cabezas estaban tan cerca que podía notar el olor a sudor, grasa y salitre que despedían sus sucias trenzas negras. Pero no se movió, ni se amedrentó. Furia no reculaba ante nadie. Ante nada.

– Cuidado, Furia. Quizá hayas matado al jefe de tu tribu por la espalda, pero yo no soy Kaloshi, y no estoy de espaldas. Los Mahasa conocemos más formas de matar que el resto de las tribus juntas. Podría partirti el cuello en un segundo con la cuerda de mi laúd.

Frente contra frente, Furia se llevó la mano a la empuñadura de su sable, muy despacio para que su rival tuviera la oportunidad de prepararse antes de darle muerte.

– Pues coge tu cuerda, músico –invitó con gesto amenazante.

Se oyó un estallido seco y agudo. Petaco había roto la botella, como siempre hacía cuando las vaciaba hasta la última gota. Luego, solía ponerse a lamer los trozos de vidrio más grandes, para no desperdiciar. Pero esta vez no fue así. Primero sonrió al tragar el vino dulce de verano y luego habló con una voz suave y melosa que contrastaba con su rostro congestionado.

– ¿Adónde quieres ir tú, Furia?

La mujerladeó la cabeza para mirar al orondo grandullón que los observaba como si fueran un par de niños peleando por un mendrugo. Con esa simple pregunta había evitado una muerte segura. La de Notas, por supuesto. Inspiró el aire salado con hastío y expiró fuertemente por sus orificios nasales como un toro encabronado.

Soltó la empuñadura de su espada y arrancó el mapa de las manos de Notas que la miraba con una sonrisa descarada que la enfureció más todavía. “Imbécil”, pensó. Lo desplegó de nuevo extendiendo ambos brazos y luego lo posó sobre la cubierta.

El brazo occidental del continente estaba bajo el yugo del imperio Suna, eso ya lo sabía. También se había informado sobre las ciudades más grandes del lugar: Manesha, Brahmana y Visna, la capital.

Ir a una ciudad era mala idea. Los jefes de las tribus a veces mandaban a sus heraldos a negociar con gobernantes suna o ricos mercaderes. Su cabeza tenía precio en las Llanuras, pero el imperio Suna no estaba lo bastante lejos como para relajarse. El Mar Cerrado era lo único que separaba a ambas tierras. Furia no sabía si realmente las separaba o las unía. En todo caso, era un obstáculo muy fácilmente salvable. No, nada de ciudades.

Supuso que estaban navegando en paralelo a las islas de la niebla, habiendo ya superado la larga costa arenosa que le pareció interminable hasta que vio su final con el catalejo que había robado al capitán. Algo más al norte se encontraba la península.

La península de los Picos del Sol era la opción más segura, pues se trataba del trozo de tierra más alejado. Además, la abrupta orografía impedía que se construyeran grandes ciudades y los

caminos serían más incómodos tanto para los mercaderes como para los sicarios. Allí sería más fácil ocultarse.

El ancla señalaba un puerto junto a un punto diminuto que indicaba una aldea. No era buena idea instalarse en un pueblo portuario. Todos los barcos desembarcarían allí y traerían noticias de las Llanuras, si no traían algo peor.

No. Había que ir hacia las montañas. Eso hicieron sus ojos, que se encontraron con una zona donde confluían tres pueblos bastante cercanos. Tampoco sería sabio. Una pequeña aldea era fácil de saquear o incluso de controlar, pero si cerca había otras dos, tendrían problemas. Siguió inspeccionando la zona hacia el norte hasta que se encontró con un punto negro entre dos montañas atravesadas por una fina línea azul. Esa era perfecta.

– Aquí –señaló en el mapa.

Petaco se fijó en el punto que señalaba el dedo índice de Furia. Eructó muy cerca de ella y un tufo etílico invadió el aire. Su aire. Furia se apartó, irritada.

– Bien, los dos queréis ir a la misma aldea –observó el jayán.